

El estratega del yo o el memorialismo cautivo



LA MEMORIA HISTÓRICA ha sido generosa y probablemente justa con Manuel Ibàñez Escofet. Para buena parte de la progresía urbana de los setenta, su nombre va ligado al vespertino *Tele/Express*, donde se bailaban las *rumbas* de Joan de Sagarra -tan a menudo radiografías de la cotidianeidad de una *gauche divine* neurotizante- o se adquiría la adicción a la firma de un expresidiario como Manuel Vázquez Montalbán. La dirección de *Tele/Express* sólo es uno de los episodios de una larga trayectoria profesional que no siempre fue tan arriesgada, ni tan gratificante, como alrededor de aquellos años del final del franquismo: son los mismos años que ahora vuelven a la memoria de los autores, aunque memoria desganada, como en el caso del último Jesús Pardo, *Memorias de memoria* (Anagrama, Barcelona, 2000). Con *La memòria és un gran cementiri* (Edicions 62, Barcelona, 1990), Ibàñez Escofet asumía la voluntad de ser autor de algo más que un relato autobiográfico: no mero anecdótico sino reflexión y meditación sobre el pasado personal y colectivo.

Ibàñez Escofet pone en escena a un yo estratega que acentúa el desequilibrio entre propósitos y resultados, entre expectativa o tono de voz y material realmente ofrecido a la atención del lector. Pero también existe la impresión más fuerte aún de una deliberada ocultación de la persona, de un ejercicio de enmascaramiento consciente, calculado y literario. La singularidad de la obra proviene de una voluntad de estilo pero también de datos del pensamiento, de la actitud vital e incluso moral y religiosa del autor. De la destilación de todas ellas se obtiene una imagen suficientemente coherente, no exenta de contradicciones internas y dotada de una fuerza definidora que la hace característica de un tipo de elaboración de la memoria y el testimonio personal. La frecuentación de unos ambientes católicos y religiosos, la magnificación del nacionalismo como "idea fuerza" -y el pujolismo declarado que de ello se deriva-, la apología verbal de un escepticismo neutralista y dialogante conducen al lector hacia el perfil más esencial de una amplísima franja de lectores clásicos de la prensa diaria barcelonesa. Aquella biografía segmentada y

parcial informa de vacilaciones y afectos que probablemente fueron compartidos no exclusivamente por los círculos más reducidos o íntimos del autor, sino por toda una clase social que hizo frente a situaciones que pedían juego de piernas, cintura flexible y un talento singular para la supervivencia. Programa vital que encuentro involuntariamente expuesto en esta inquietante confesión sobre la primera juventud:

Jo volia ser el gos de poble que se la campa, que salta a l'entorn del capellà, del batlle, de la forera i del captaire. És molt difícil ser un gos de tothom i tenir la cua sempre a punt de remenar-la. En la metamorfosi de gos a home, gairebé impossible. [22]

Hay un rasgo reiteradamente presente -por alusión o por elusión- a lo largo de estas páginas que no pasa inadvertido. La autodefinición más usual de Ibàñez Escofet está casi indefectiblemente vinculada al candor del adolescente que fue y a las pesadas migajas que en la madurez arrastra todavía. Poco importa ahora si el autodiagnóstico es o no es discutible -y yo me inclino por discutirlo. En todo caso, es más interesante el hecho de que páginas escritas a lo largo de veinte años aludan a ello en clave justificadora o explicativa de la experiencia propia, y de esta o aquella decisión. El candor es una especie de piedra de toque necesaria para completar una personalidad pública explicada desde la intimidad, el sosiego de la reflexión histórica y el desencanto.

A los dieciocho años "desprenia la bona aroma del candor" [22], de "noi organitzat amb ordre i cotó fluix" [84], que caracteriza poco después como "ideologia feta de pau i d'amor", de "fe en un poble que havíem idealitzat" y "d'arrel no violenta, es vulgui o no, petitburgesa" [72]. Aquel candor no lo extirpa definitivamente la experiencia biográfica, ni la maduración personal, ni una guerra civil:

Massa sovint em surten grans del candor, que són naturals a la pubertat, però no quan ja s'és un home fet i dret. [247]

Aún así, el lector ha conocido nada más pasar la primera página del volumen la taxativa seguridad de los que vuelven con el paso lento y el gesto

patriarcal: "No crec en res, és cert. Hi ha una impossibilitat fisiològica per a creure als que tenfem divuit anys el 36. No podem aixecar banderes, ni cridar, ni entusiasmar-nos" [17], -aunque no hay redactor de algún diario de finales del franquismo que no recuerde, con un escalofrío, los fenomenales gritos que el periodista era capaz de combinar con la más afectuosa cordialidad, sin transición.

Lo que me interesa de estas citas es el espacio interpuesto entre el nihilismo verbal y la experiencia narrada desde una estructura moral estable. Aquel escéptico decepcionado y envejecido se tambalea demasiadas veces al leer episodios de la propia historia e invita a la hipótesis fecunda de leer con la previsión de que aquello es autobiografía y, por tanto, en una u otra medida, enmascaramiento, invención y literatura. La dosis de inocencia explícitamente declarada es quizás excesiva para lo que el autor mismo transmite y calla. El lector sospecha la probablemente involuntaria -inconsciente- confección de una imagen íntimamente satisfactoria a sus propios ojos y a los del destinatario previsto. Y lo subrayo: no a cualquier destinatario porque enseguida nacen algunos interrogantes para adivinar la esencia más concreta de este candor inicial que el tiempo diluirá en los ácidos del escéptico. Los bandazos de un ánimo al otro no son precisamente insignificantes sino exactamente al revés: particularmente significativos porque responden a una imagen querida más que al diagnóstico aséptico y distanciado -que por otra parte no está obligado a dar. Quizás ni estos bandazos son tan acusados ni el escepticismo tan radical.

El libro suministra un perfil ideológico preciso, partidista y comprometido, pero siempre - y este es el rasgo decisivo-, presidido por la contradictoria mezcla de la pérdida de la confianza en el hombre y la subsistencia de la fe en él. Este cóctel se diluye casi siempre -pero con mecanismos distintos, como veremos- en una especie de tolerancia sensata, en una ortodoxia final nada extremista, en un código de equilibrios y contrapesos que dan un típico tono gris, tibio, apagado, al relato de una vida entera.

○ casi siempre. Porque, dentro de este hilo argumental, es relevante precisamente una

ausencia: la vida interior del franquismo, la sordidez y la oscuridad de una atmósfera que en sí misma constituiría una extremosidad temática no asequible al equilibrio, al tono medio y transaccionista de la crónica. La tibieza, el rechazo de la heterogeneidad y la heterodoxia, la apología del centro elástico y oportunista, el elogio del pacto, la flexibilidad y la transigencia rechinarían en un contexto flagrantemente injusto: comparté la misma pátina de las memorias de Llorenç Gomis, *De memòria* (Edicions 62, Barcelona, 1996), pero huye de toda posible comparación con lo que hace únicas y corrosivas las memorias de un periodista que parece, a veces, de otro planeta, el Jesús Pardo de *Autoretrato sin retoques* (Anagrama, Barcelona, 1996). Al acabar *La memòria és un gran cementiri*, el lector se da cuenta de que ha vivido vicariamente la experiencia de un adolescente católico ante la guerra civil, punto desde el que ha sido transportado a una etapa más moderna e ilusionante, a los momentos que rozan con la transición política, o aquellos que la preparan (por ejemplo el detalle del caso Huertas Clavería, y hay que ver ahora su propio relato circunstanciado en *Cada taula un Vietnam*, La Magrana, Barcelona, 1998).

El paréntesis cronológico, sin ser absoluto, obviamente, es muy revelador. La incomodidad del período, la mezquindad intelectual y su misma sordidez, hubieran sumergido al lector -y al autor- en una memoria indeseable, en una experiencia áspera, íntimamente violenta y, en todo caso, incompatible con el espíritu comprensivo, transigente y *candoroso*, justamente, de una voluntad de estilo memorialístico. El estratega que es siempre el yo memorialista tenía que evitar el choque con cuanto pudiese hacer marrar el conjunto de la operación.

La memòria és un gran cementiri ejemplifica un tipo de autobiografía más reflexiva que confesional, determinada por una vocación de superviviente moral y civil. O, más precisamente, determinada por un prejuicio o un rasgo distintivo que la dota privilegiadamente para el equilibrio y la ortodoxia. Incluso cuando la pretensión es justamente la contraria: opinar temerariamente, escandalosamente, o consignar un motivo de escándalo. Se hace necesario explicar esta última contradicción porque ilumina la raíz voluntarista de una

autoimagen a la vez que las concesiones imperceptibles al talante más irreprimible del personaje. O de otra manera: ilumina la fracasada persecución de un modelo literario, el de Josep Pla.

En un nivel muy básico, el del estilo en sentido estricto, hay un par de momentos que llaman poderosamente la atención. Se trata de dos instantes furiosos y encendidos, donde habla una visceralidad absolutamente contradictoria con la tónica y la gesticulación medrosa del mismo autor. Contradictoria incluso con las consideraciones o las reflexiones que justifican exabruptos calculados y literarios. La sombra de Josep Pla es exactamente eso: una sombra y la presencia de un deseo. En un determinado momento de una página acusadora contra la historia que le ha tocado vivir, y en el momento álgido de un sensible *in crescendo*, leemos: "Em cago amb [sic] la puta mare que va parir a tots els que tenien trenta, quaranta, cinquanta o seixanta anys quan jo només en tenia divuit" [16]. Muchas páginas más tarde, al hablar de la hipocresía institucional de Alberto Martín Artajo, señala que "als vuit dies [d'ésser ministre d'Afers Estrangers] ja entrava en el més vulgar i repugnant culte a la personalitat, a la funció de llepaculs amb crostes als llavis" [235].

No le será fácil al lector encontrar momentos de esta virulencia en el resto de las páginas. Pero no sólo en el nivel verbal, tampoco en el de la reflexión incisiva y punzante, en el de la acusación razonada y articulada para evidenciar el trasfondo que explica exabruptos de este tipo. El propio Martín Artajo, solo unas líneas más arriba, ha sido caracterizado con una síntesis muy plana -donde la ironía, de estar, se funde con el grado cero de la escritura: "Franco va fer ministre Alberto Martín Artajo, de la consciència cristiana del qual no dubto, però sí que el trobo ambigu com a demòcrata" [235]. Es ésta la tónica a que hago referencia cuando hablo de la mano de tibieza que lo baña todo: el exabrupto adjetival es insólito y destaca justamente porque rompe la placidez -amarga, naturalmente- de un relato que profundiza escasamente en los motivos de reflexión aunque la pretensión de hacerlo se encuentre en el tono meditativo, en la elección de los episodios narrados, en el aire sosegado y solemne de quien mira hacia el pasado.

Però este tipo de candor se manifiesta también en niveles menos superficiales o inmediatos que el del estilo. Asume la categoría de rasgo ético esencial de la persona literaria, aunque su magnificación lo hace poco menos que ficción y no creíble. La credibilidad del autorretrato se resiente al hacerse desde la reinención actual de la inocencia que ya no se tiene, o poniendo voluntariosamente entre paréntesis la experiencia vivida (y lo que se ha aprendido). Es de interés histórico y sociológico, por ejemplo, saber de las dificultades de los diarios para sugerir candidatos posibles a un Gobierno Civil, pongamos por caso, porque oficialmente se pretendía que "aquí l'únic que escollia era Franco des de la seva soledat d'El Pardo" [259]. Ahora bien, demasiado cerca del dato banal o candoroso está el abandono autocrítico que revela el comentario inmediatamente siguiente: "No era ben cert, perquè darrere de cada nom patrocinat hi havia la veu, les aptituds electives i els raonaments dels que podien acostar-se al general. Com sempre, es movien les influències cortesanes i hi havia més d'una intriga" [259]. Precisiones superfluas como éstas, tan por debajo del nivel real de información del autor, constituyen las piedras del collar de una memoria deliberadamente empobrecida y banalizada, de la que parecen haberse omitido o eclipsado momentos que exigirían explicaciones más complejas, enlaces y antecedentes, quizás incluso esfuerzos comprensivos adicionales por parte del lector. Apenas salimos de precisiones redundantes para caer en otras igualmente obvias y consabidas - contra la íntima convicción de que el autor calla el pedazo más sustancioso.

Este tipo de inocencia, o de inopia estudiada, emerge en muchos momentos. Otro muy evidente, y significativo del mundo personal del autor, aparece cuando glosa el comentario lascivo que una modelo le hace al oído ante una copa de menta: "Oh, menta! Posa la tita contenta...". A continuación explica el autor: "Si els dic que no vaig fer res més de bo en tota la nit, em poden creure" [308]. El puritanismo monacal del tono es premeditadamente impostado y se aviene bastante mal con el hombre que ha dejado de creer en nada; con más dificultades aún con un hombre de su experiencia, profesión, vitalidad e iniciativa. Leemos más bien un esfuerzo de recons-

trucción del personaje en función de un exculpador modelo o patrón, el del adolescente candoroso y nunca del todo liberado de una espiritualidad católica más o menos firme.

Es un patrón que favorece la magnanimidad, tal como la recibe un personaje como Sebastián Sánchez-Juan, censor y poeta. En estas páginas está también el hombre pusilánime y delicado victimizado por el régimen al destinarlo desdichadamente en funciones de censor. La memoria parece recibir el contagio de la ternura imaginable en el personaje, poeta poco dotado pero también poco prolífico. Es un ejemplo más de la insuficiencia del resultado respecto a la pretensión que le anima y, sobre todo, respecto a la modalidad expresiva que ensaya, haciendo andar la pluma de una reflexión a otra sin salirse de un tono gris, de un tono medio, y quizás incluso de una banalidad confortadora o consoladora de la ansiedad. *La memòria és un gran cementiri* ofrece un precioso material para la reflexión sobre la autobiografía, los mecanismos del autorretrato y, más pedantemente, la poética de la memoria.

Hay algunas observaciones especialmente iluminadoras de esta manera de hacer. Comparten todas ellas una simplificación, o un reduccionismo que obtendrá su proyección ideológica más transparente en el apoyo al nacionalismo pujolista como patente única e incuestionable de progresismo o la alusión a los fascismos históricos, que es peligrosamente rápida pero quizás motivada por un nacionalismo ideológico que elude hurgar donde la herida puede abrirse. De Hitler y Mussolini sabemos que "eren uns malalts. El mal que feran, enorme i històric, és el que a la seva escala produeix el psicòpata armat d'un fusell, que caça vianants des del pis més alt de qualsevol universitat americana. Fet real que tots hem llegit als diaris" [98]. La puerilidad e inexactitud radical del símil son sorprendentes: pertenecen al género episódico del desbarajuste de un periódico más que al producto de la reflexión sosegada. Este tipo de simplificaciones rápidas no acaban de compadecerse con el inicial deseo de "expressar les vides viscudes i els grans canvis, les grans convulsions des d'una perspectiva domèstica" [7] -si no es haciendo sinónimo de domesticidad un margen de improvisación intuitiva muy generoso.

Pienso también en otro momento extraño. Ibàñez Escofet confiesa que en la guerra civil el bando franquista ejercía "una simple i freda repressió de classe" [82], pese a que justamente de aquella guerra extrajo lo que llama su "interclasisme" y comprendió "que no val la pena, és injust i imbècil, dividir els homes per raons econòmiques" [69]. El lector encuentra el testimonio sobre la guerra de una persona que tampoco ahora, dice, la ha llegado a comprender, como si una instintiva barrera se interpusiera entre la lucidez intelectual y cultural y la ferocidad de unos hechos que superan su umbral de resistencia a la barbarie. Percute en el lector la imagen del eremita que no era Ibàñez Escofet, incapaz de asimilar y discutir las razones para regar de metralla un país.

Esta óptica anuncia, con todo, una propensión a la simplificación de alcance más peligroso cuando procura señalar filiaciones éticas e ideológicas personalmente ineludibles. Me refiero a Cataluña, el nacionalismo y la ideología del pujolismo con la oportuna dosis religiosa. Porque en este caso el estupor del lector no irá más allá del que experimenta al vivir la hegemonía nacionalista de las dos últimas décadas. Lo que sorprende es, por tanto, la inserción en el discurso privado que son unas memorias, del discurso público de un político que conjuga convicciones nacionalistas con una ideología instrumentalmente favorecida por aquella primera bandera. No hay candor ni ingenuidad en el programa político del nacionalismo catalán de derechas, pero Ibàñez Escofet parece sufrir el contagio de la propaganda y la imantación nacionalista al excitar los instintos doméstico-patrióticos.

Estas impresiones son mucho más punzantes al comprobar que el autor identifica aisladamente los ingredientes ideológicos y culturales que son asumibles por un nacionalismo y una Cataluña. Cuando el autor refiere su participación en determinados cursillos que organizó la Asociación de la Prensa de Barcelona, aún con Franco, precisa que quiso aprovecharlo para "expressar el meu enament per Catalunya i vaig mirar d'introduir un esperit liberal, comprensiu i tolerant en les relacions de convivència" [264]. Es un lenguaje muy de aquellos años, y que habrían comenzado mucho tiempo atrás, en los primeros cincuenta, los

hombres de la primera *Revista*. Lo que ahora llama la atención son las restricciones implícitas que significa la materialización concreta de aquel programa de convivencia. Más de una vez parece que la apropiación total de un nombre, Cataluña, por una ideología, hace necesarias otras precisiones, supuestamente secundarias e incluso auxiliares. Una idea-fuerza demanda por definición la exclusión, transitoria en el mejor de los casos, del que no se considera incluido en ella. Esto parece indicar el estremecedor reduccionismo de usar Montserrat para explicar en aquellos cursillos "la unitat del poble català" [264]. Desde aquello que alguien llamó maliciosamente nacional-catolicismo local, quizás sí que la unidad del pueblo catalán se simboliza en Montserrat. Pero es marcadamente objetable si ustedes se sienten tibios en el terreno de las religiones nacionales. Será factible entenderse si se habla de la Cataluña montserratina o la interior de Josep Pla, o la de un Joan Oliver. Pero querer hacer entendible Cataluña a los propios catalanes subrayando la unidad que simboliza Montserrat es una temeridad que deja fuera de la barca a demasiadas personas. Y, naturalmente, también la herencia cultural de los dos escritores que acabo de nombrar.

Puede pecar de pueril la pretensión de elevar el candor, o una cierta ingenuidad impostada, me parece que intencionadamente banal, a categoría descriptiva de un texto literario. El riesgo intelectual, con todo, tiene que ver esencialmente con la caracterización posible de una prosa que tantas veces como se quiere lírica participa también del registro propio del ensayo, de las anotaciones rápidas y de la reflexión articulada pero breve. El afán explicativo de este o aquel episodio y la declarada alergia por las memorias como inventario de anécdotas -que reitera Ibàñez Escofet- rozan con un diseño no demasiado lejano del ensayo como género literario y, más previsiblemente, con el periodismo de opinión como ejercicio profesional regular del autor.

El rasgo más significativo de esta autobiografía podría ser, por lo tanto, una óptica cándida y neutralizadora, aplicada con el fin de eliminar estridencias, hacer menguar las inocultables y adaptar la narración en el presente al termómetro moral deseado, escogido estratégicamente como

herramienta literaria. La necesidad de sobrevivir utilizando los recursos a mano, la sumisión a los límites convencionales y oficiales del pensamiento y la imaginación crítica, el rechazo de formas heterodoxas de asimilar la realidad se proyectan necesariamente en un estilo cuya cualidad es la neutralidad prudente, cauta y segura. Y lo es condicionada por una banalidad impostada, por una trivialización que contamina episodios -y etapas- que intuimos queridamente recordados y parcelados: permanecemos más pendientes de lo que podría decir que de lo que dice porque la artificialidad de la voz es demasiado obvia. El pacto con la realidad del presente y sus compromisos dan un

margen de maniobra estrecho y el resultado necesariamente afecta al tono medio tan civilizado como impersonal -más allá del exabrupto o de la estampa lírica y descriptiva. El precio que paga es la ausencia de los ingredientes más cautivadores de la autobiografía como género literario: la veracidad posible, la inteligencia no hipotecada por el compromiso inmediato, la inhibición de la presión social cotidiana. En estas memorias, y en las que responden a su tipología, el yo estratega ha dejado maniatada y cautiva a la memoria.

Jordi Gracia